

y ya hemos apartado, de una manotada, todo lo que es de los demás, y volvemos a quedar solos tú y yo para resolver lo que al fin y al cabo es únicamente tuyo y mío.

ISMAEL.—¡Constanza!

CONSTANZA.—Pregunta, Ismael, pregunta, que están propicios a responderte.

ISMAEL.—¿Me quieres, Constanza?

CONSTANZA.—Te quiero, Ismael. Y cuando vengo a ti...

ISMAEL.—¿Ya has venido?... Calla, que el resto no tiene valor.

CONSTANZA.—Nosotros se lo daremos.

ISMAEL.—¡Calla! Tú a decirme que me quieres, solamente a eso, que con eso todo lo resolveremos, sabedores ya de que la familia, la Raza, el mundo, para nosotros, somos nosotros dos. Lo demás no es nada.

CONSTANZA.—Te quiero, Ismael...

ISMAEL.—Te quiero, Constanza de Fuentiño...

(Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

## FLOR DE LOS PAZOS

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el TEATRO LARA, el día 13 de Abril de 1912

## PERSONAJES

PEREGRINA (30 años).  
PASTORIZA (45 ídem).  
MANUELA  
MARUJA  
ROSENDO DE LA TORREIRA (55 bien llevados).  
JACOBO, hijo suyo (30 ídem).  
BERNARDINO FUNGUEIRO (60 ídem).  
EL ABAD DE TARRADE (60 fuertes).  
DON ROMUALDITO (35 ídem).  
AMARO (30 ídem).  
TONO (28 ídem).  
EL ROMERO  
JOSE (50 ídem).

Mozos y mozas.—La acción en Galicia, en la  
montaña de Santiago.—Epoca actual.

(Se ruega muy encarecidamente no dar acento teatral, pronun-  
ciando con naturalidad, fijándose tan sólo en los modismos y pa-  
labras propias del decir aldeano, pues de ellos y del ambiente re-  
sultará la impresión que intento conseguir.)

Los trajes serán los de uso corriente en el campo, pues no es de  
rigor que se ajusten al vestir clásico, aunque en lo posible mejor  
sería.

DERECHA E IZQUIERDA, LAS DEL ACTOR

*A Doña Josefina Fariña de Astray*

*Con todo el afecto y con  
toda la buena voluntad de*

MANOLO LINARES RIVAS

## ACTO PRIMERO

Una sala, con el aspecto entre sala y zaguán, en un piso bajo del Pazo de Tarroeira. A foro izquierda, una gran chimenea de piedra: la campana, sostenida por dos columnas, tiene, en piedra también, el escudo señorial. A foro centro, el portón; a foro derecha, una ventana apaisada, con reja recta. El portón y la ventana están abiertos, penetrando por ellos la luz de una mañana de Septiembre a mediodía. Entre la chimenea y el portón, en una repisa adosada a la pared, una virgen de talla, y a sus pies, en un vaso, una luz de aceite encendida. Las paredes, marqueteadas de piedra, con cuadros antiguos, trofeos de caza, armas, etc. Muebles antiguos. Puertas laterales. Forillo, campo con toda la extensión posible.

## ESCENA PRIMERA

PEREGRINA, cubriendo con ramas de flores unas cestillas de frutas. MANUELA y MARUJA ayudándola. DON ROMUALDITO, de levita corta, alzacuello y cadena de oro del reloj, paseando con un libro en la mano.

PEREGRINA.—Llebad estas cestillas a donde están las otras, y las presentaréis cuando lle-

gue el momento, para que Jacobo, el hijo del amo, pruebe las muestras de todos los frutos que dan las tierras de este señorío de la Tarroeira.

MANUELA.—No querrá gustarlas.

PEREGRINA.—Con obedecer cumplimos. ¡Ligeras, ligeras!...

*(Mutis por la izquierda Manuela y Maruja.)*

## ESCENA II

PEREGRINA Y DON ROMUALDO; el ABAD, por el foro, vestido igual que DON ROMUALDITO, sombrero ancho flexible, escopeta y una liebre a la cintura.

ABAD.—¿Llego a tiempo, Peregrina?

PEREGRINA.—Siempre, señor Abade.

DON ROMUALDO.—Felices, señor Abad de Terrade.

ABAD.—Hola, cura.

PEREGRINA.—¿Viene de caza?

ABAD.—No. Una liebre que se atravesó en mi viaje y la he matado... por matar algo.

PEREGRINA.—¿Quiere refrescar?

ABAD.—Sí, refrescaremos, que traigo dos leguas a pie: dame unas magritas y un dedito de vino. Cuestión de sostenerse nada más, has el almuerzo.

DON ROMUALDO.—¿Nada más?...

## ESCENA III

DICHOS: MANUELA y MARUJA, por la izquierda.

PEREGRINA.—Echa una mano, Manuela.

ABAD.—¿Para qué estoy yo aquí?

PEREGRINA.—No se moleste...

ABAD.—¡Bah, bah!...

*(Entre Peregrina y el Abad se llevan la mesa por la derecha. Maruja recoge unas ramas caídas, y mutis siguiéndoles.)*

## ESCENA IV

MANUELA y DON ROMUALDITO

DON ROMUALDO.—*(Sonriendo; por el Abad.)*—Sirve para todo...

MANUELA.—Estando él no hay que llamar a nadie. Cristal que se rompa, cañería que se atranque, chimenea que no tire, ya está él arreglándolo, que es muy dispuesto... ¡Hay que oírle al ama lo dispuesto que es!... ¡Y además es mucho hombre de bien este señor Abad! No le tiene orgullo ninguno; a bondadoso no se le pone nadie delante, que todo lo suyo es de los pobres; y de sermoneador no hay otro. Dice unas cosas que siempre hacen llorar... ¡Da mucho gusto oírle! Y sabe de médico, y de hortelano y de cazador..., de todo. *(Interrumpiéndose.)* ¿Y a usted qué le pasa, señor capellán? ¿No puede atrapar esos latines?...

DON ROMUALDO.—No...

MANUELA.—¿Tan condenados son?...

DON ROMUALDO.—Mujer, condenados no es buena expresión.

MANUELA.—¿Y para qué los busca?... ¿Por qué no habla siempre en castellano, que se le entiende mejor?

DON ROMUALDO.—¿Por qué no llevas tú siempre las ropas de diario, que vas más suelta y más cómoda?... ¿Para engalanarte?...

MANUELA.—Un poco no sobra...

DON ROMUALDO.—Pues así yo, cuando la ocasión lo requiere, saco mi latín, que es mi lujo: como si dijéramos, mi ropa de cristianar.

MANUELA.—¿Y qué adelanta si no le comprenden?

DON ROMUALDO.—Dios lo oye.

MANUELA.—También lo oíría en romance. Para El, igual, y para nosotros más claro.

DON ROMUALDO.—Tú no eres la llamada a juzgarlo, que no pasas de ser una humilde sirviente, una asalariada...

MANUELA.—No empiece a motes, señor capellán, que yo soy una mujer muy decente.

DON ROMUALDO.—Esto no es ofensivo: significa que prestas servicios mediante una retribución, una soldada...

MANUELA.—Lo mismo que usted.

DON ROMUALDO.—Distingo...

MANUELA.—Ay, distinga todo lo que quiera, pero tanto le pagan a usted como a mí.

DON ROMUALDO.—Lo mío es una labor espiritual.

MANUELA.—Que la cobra en pesetas.

DON ROMUALDO.—¡Manuela!

MANUELA.—Mire, siga con los latines, que más provecho le harán, y no venga con dife-

rencias de imaginación, que no se le ven muy claras. ¡Vaya!

(*Mutis Manuela por la derecha.*)

### ESCENA V

ROMUALDITO; ROSENDO, por la izquierda.

ROSENDO.—¿Qué hace, don Romualdito?

DON ROMUALDO.—Nada.

ROSENDO.—Pues tenga la bondad de llegarse al horno, que aún no trajeron las empanadas.

DON ROMUALDO.—Con mucho gusto. Ahí está el señor Abad de Tárrade.

ROSENDO.—¿Duerme?

DON ROMUALDO.—No.

ROSENDO.—¿Come?

DON ROMUALDO.—Sí.

ROSENDO.—Pues dejémosle, que está en su elemento, y después dormirá.

DON ROMUALDO.—Es un santo varón, aunque tal vez tenga el genio un poco vivo.

ROSENDO.—Reminiscencias de sus campañas por la buena causa. A su rey lo defendió a tiros y hoy catequiza a las almas a cachetes.

DON ROMUALDO.—¡Pero al cielo val!

ROSENDO.—Seguramente. Y como allí le pongan alguna dificultad, entra a puñetazos.

DON ROMUALDO.—Es muy posible. Sin ese carácter vivo sería perfecto. Ahí viene.

### ESCENA VI

DICHOS: ABAD, por la derecha.

ABAD.—(*Abrazándole.*)—¿Hay albricias, mi señor don Rosendo de Tarroeira?

ROSENDO.—Haylas, señor Abad, y de las grandes.

ABAD.—¿Entre docé y media y una?...

ROSENDO.—Por el andar de la yegua eso calculo.

ABAD.—¡Ya era hora de que el hijo volviera a la casa!

ROSENDO.—¡Once años, Abad!

ABAD.—¿Once años, don Endo?...

ROSENDO.—Cuando uno mira hacia adelante, parecen eternos: pasados son un soplo... Mi Jacobo marchó porque le tardaba el momento de gobernarse a sí mismo y no había espacio

aquí para su actividad de mozo... A su madre y mí nos ha costado muchas lágrimas la ausencia, y la pobre murió sin volverle a ver.

DON ROMUALDO.—Para dos años va...

ROSENDO.—Como era el único hijo, al hallarme solo en este caserón, creí que se caían encima las paredes. ¡Pero no se caen!... Con igual indiferencia cobijan a muchos o a pocos...

ABAD.—Déjese de eso. El hijo está ahí ya, que es lo importante: ahora a recibirle.

ROSENDO.—¡Con los brazos abiertos! Y para mayor alegría vuelve sano y fuerte y hasta con un poco de dinero.

ABAD.—No hacía falta.

ROSENDO.—No. Sin embargo, mi amor o mi egoísmo, prefiere que vuelva con él, y no que vuelva por él. Así creo más cuando me dice que no le trae sino el afán de verme y el natural deseo de cuidar nuestra hacienda, pues él mismo considera que sería un crimen el exponerse a que se desmoronara la casa por faltarle su legítimo sostén.

ABAD.—Muy bien pensado.

DON ROMUALDO.—Sí, señor! Ahora que, precisamente por llegar el Jacobo, estimo yo que

ha llegado también el caso de tomar alguna determinación en el otro asunto.

ROSENDO.—(Riendo.)—¿En el de Peregrina?...

DON ROMUALDO.—Sí, señor. Dicho sea con todos los respetos...

ABAD.—¿Qué ocurre?

ROSENDO.—Don Romualdito dice que la Peregrina, mi ahijada, es muy guapa.

ABAD.—Como no tenga otro defecto, ese ya se le puede aguantar.

ROSENDO.—Dice que es joven.

ABAD.—Dispénsele usted eso también.

ROSENDO.—Dice que es muy simpática, muy afectuosa, y que nos tiene dominados a todos a fuerza de bondad y de cariño...

ABAD.—¡Caramba, caramba, cómo se van acumulando las contrariedades!

ROSENDO.—Dice que viene Jacobo...

DON ROMUALDO.—Y es una temeridad que vivan bajo el mismo techo.

ROSENDO.—Esta no es cuestión de techo.

DON ROMUALDO.—¿No?...

ROSENDO.—No; de tabiques. Y don Romualdito propone que yo estudie el modo de alejarla...

ABAD.—¿Y a dónde va a ir?... ¡Porque ella no tiene a nadie en el mundo!

DON ROMUALDO.—A un convento...

ABAD.—¿A un convento, sin vocación?... No, porra, no; ni por ella ni por el convento.

DON ROMUALDO.—(*Escandalizado.*)—¡Señor Abad!

ABAD.—Perdone.

ROSENDO.—Y además de ese peligro, don Romualdito teme que el día de mañana mi afecto por esa Peregrina, que ha crecido aquí, perjudique los intereses de Jacobo.

ABAD.—Y aunque los perjudicara en algo, ¿qué? ¿No hay de sobra para los dos?

DON ROMUALDO.—Sí, señor.

ABAD.—¿Pues entonces qué porra le va usted a contar a don Rosendo?

DON ROMUALDO.—(*Cada vez más espantado.*)—¡Señor Abad!

ABAD.—Perdone. Pero es que a mí me queman las injusticias, por...

(*Llevándose la mano a la boca para no soltar la palabreja otra vez.*)

DON ROMUALDO.—(*Tímidamente.*)—Usted no ignora que el Código civil...

ABAD.—(*Tremebundo.*)—¡Lo ignoro! Y el Código civil, y el Penal, y las Pandectas y la Novísima Recopilación... ¿quiere usted más Códigos?

DON ROMUALDO.—(*Aterrorizado.*)—No, señor...

ABAD.—Y una estantería de libros encima, y el diablo por copete, y aún por encima veo yo la injusticia de lo que usted se propone.

DON ROMUALDO.—No se incomode, no se incomode.

ROSENDO.—No hablemos de eso. Peregrina sigue en mi casa.

DON ROMUALDO.—Bien, bien. Entonces voy a lo de las empanadas.

ROSENDO.—Vaya.

ABAD.—(*Abrazándole afectuoso, pero brusco.*)—Y dispense, ¿eh?

DON ROMUALDO.—(*Azorado.*)—Sí, señor; sí, señor...

(*Mutis Romualdito por el foro.*)

ROSENDO.—Algo de razón tiene, sobre todo en su primera advertencia.

ABAD.—No lo niego, pero contra eso ya lo sabé usted. Tabiques, don Rosendo, tabiques.

### ESCENA VII

ROSENDO, ABAD y PEREGRINA, por la derecha.

PEREGRINA.—Cuando guste, señor Abade.

ABAD.—Voy a refrescar. ¿Quiere?

ROSENDO.—Que aproveche.

ABAD.—¡Te va bien el traje de fiesta!...

*(Volviendo al lado de Rosendo,  
al oído.)*

¡Y cerrojos!

ROSENDO.—*(Riendo.)*—Bueno.

PEREGRINA.—¿Qué le dijo?...

ABAD.—Que peores que tú ya las hay por el mundo.

*(Mutis por la derecha.)*

PEREGRINA.—No fué mucho favor.

### ESCENA VIII

PEREGRINA y ROSENDO.

ROSENDO.—¿Arreglásteis todo?

PEREGRINA.—Todo está en orden ya, don Endo. Lo viejo se ha remozado y lo mozo resplandece: la plata brilla como luna y el oro como sol.

ROSENDO.—¿Y mi encargo principal? ¿Sacásteis los vestidos?...

PEREGRINA.—De madrugada, y aunque estuvieron al aire toda la mañana, conservan aún el aroma de los membrillos olorosos. La seda y el terciopelo huelen a limpios y a bien cuidados.

ROSENDO.—¿Y las alhajas?

PEREGRINA.—En los estuches; y los estuches en el cofrecito.

ROSENDO.—Bien. Al pisar mi Jacobo el umbral de los Pazos de la Tarroeira yo le recibiré amoroso, y cuanto fué de su pobre madre, de su madre le hablaré en el instante mismo de llegar.

PEREGRINA.—Va a entristecerse el hijo, don Endo...

ROSENDO.—Bien hará, que por su madre es. Y pasada esa nube, mi voluntad dispone que la casa le acoja con júbilo. Díles a todos que en señal de regocijo hoy cobrarán una soldada más.

PEREGRINA.—De todos recibe ya las gracias por mi boca.

ROSENDO.—Tú, Peregrina, le darás cuenta al Jacobo de lo que guardamos en hórreos y bodegas.

PEREGRINA.—Darésla cabal, don Endo.

ROSENDO.—Otras mozas de mi servicio le presentarán ese cofre y las llaves de los armarios, para que a su disposición queden. Amaro justificará las rentas de estos años de ausente; mis caseros y colonos le reconocerán como a su amo, al igual mío y por mitad conmigo. Y después de agasajarle, hombres y bestias holgarán en su labor, que de fiesta y descanso ha de ser el día que vuelva mi Jacobo.

PEREGRINA.—¿Y cómo vuelve de la América?

ROSENDO.—Embarcado.

PEREGRINA.—Eso ya lo sé. Pregunto si viene solo...

ROSENDO.—No, con otros viajeros...

PEREGRINA.—¡No quiere entenderme, don Endo! Digo si casó o no casó allá.

ROSENDO.—¿Y a ti qué te importa?... No empieces a llenarte la cabeza de humo, que el Jacobo no ha de ser para ti.

PEREGRINA.—Tampoco será para mí la santa Iglesia catedral, y más me gusta que pase por la mejor del mundo.

ROSENDO.—Y aquellás bobadas que hubo entre vosotros, cuando los dos érais unos chiquillos, en bobadas se quedaron.

PEREGRINA.—Naturalmente. ¿Quién piensa en eso? Pero decir aún no me dijo de qué viene, padriniño.

ROSENDO.—Anda, anda a tu faena.

PEREGRINA.—¡Deje, que ya se caerá cuando me pregunte alguna cosa! Y sabiendo que no contesta por las buenas, de hoy en adelante le he de pedir como el pobre aquel del Puente San Payo, que pedía siempre con la mano izquierda y siempre le daban limosna.

ROSENDO.—¿Y por qué no con la derecha?

PEREGRINA.—Porque en la derecha tenía un cuchillo.

ROSENDO.—¿Y a cuchilladas?...

PEREGRINA.—No, señor, no pegaba, ni amenazaba siquiera, pero la gente, a las veces, entiende muy pronto.

ROSENDO.—Anda a tu trabajo.

PEREGRINA.—Me voy muy enfadada.

ROSENDO.—(Riendo.)—¿Sí?

PEREGRINA.—Sí. ¿No me da un beso, padrino?

ROSENDO.—(Riendo.)—No.

PEREGRINA.—Quedó con las ganas, pero ya me lo cobraré.

(Mutis por la derecha.)

ROSENDO.—¿Y me proponen que abandone a esta criatura?... ¡Qué injustos son los hombres cuando quieren hablar en nombre de la justicia!...

#### ESCENA IX

ROSENDO; ROMUALDITO, por el foro

DON ROMUALDO.—En seguida traerán las empanadas: yo mismo las he visto. ¿Podría atenderme ahora un minuto?... *Dixitque Dominus.*

ROSENDO.—¡Pero don Romualdito, si sabe usted que no le entiendo!

DON ROMUALDO.—Así lo escuchará sin prejuicios. Lo que recabo de su amabilidad es que me diga si llega al oído la armonía de las frases.

ROSENDO.—Hable, pues... ✓

DON ROMUALDO.—*Dixitque Dominus...*

#### ESCENA X

DICHOS: el ROMERO por el foro

ROMERO.—Ave María.

DON ROMUALDO.—*Gratia plena...*

ROMERO.—La paz sea en esta casa.

ROSENDO.—Y contigo.

ROMERO.—De Roma vengo; a Compostela voy. ¿No tendrán una caridad para el Romero?...

ROSENDO.—Franca está la puerta. Acompañe, don Romualdito. Que coma hasta saciar el hambre y que beba de mi vino del Rivero lo que tenga en sed. Vaya con el señor capellán, hermano.

ROMERO.—Que San Bruno te devuelva ciento por uno; que el Apóstol Santiago, el Mayor, te libre de tus enemigos, moros y cristianos, y que Dios Nuestro Señor, que peregrinó hasta el calvario, en tu calvario de hombre te ayude a llevar tu cruz, y a todos la nuestra.

ROSENDO.—Amén.

DON ROMUALDO.—Venga.

ROMERO.—A donde disponga.

(*Mutis Romero y Romualdito por la derecha.*)

## ESCENA XI

ROSENDO, AMARO y TONO, por el foro

AMARO.—¿Hay licencia?... ¿Pasa éste?...

ROSENDO.—Pasa, Tono.

TONO.—Felices, señor mi amo. Hay dos corchetes más, que nacieron con el día.

ROSENDO.—¿Blancos?

TONO.—¡Blancos los dos!

ROSENDO.—Buen presagio.

AMARO.—Ya le dije yo a éste que era de buena señal.

ROSENDO.—¿Y tú no te ahogas con la capa?

TONO.—Sí, señor, que ahoga, pero no iba a faltar al respeto debido a los señores viniendo sin la capa en ocasión de tanto repique.

ROSENDO.—Se agradece.

TONO.—¿Y sabe ya mi señor don Endo que en la casa hay otros marranos?

ROSENDO.—(*Sonriente.*)—Lo siento.

TONO.—(*Intranquilo.*)—¡Cál!...

AMARO.—Dice, con perdón de la cara de usted, que la marrana «Lucera» tuvo siete esta noche.

ROSENDO.—Me alegro.

TONO.—(*Riendo.*)—¡Ya decía yo! ¡Dios mira mucho por estos Pazos de la Tarroeira!

ROSENDO.—Que dure.

TONO.—¡Vaya si durará!

ROSENDO.—Deja la capa allá dentro, que ya cumpliste.

TONO.—Porque lo manda.

(*Mutis Tono por la derecha.*)

## ESCENA XII

ROSENDO y AMARO

ROSENDO.—Oye, Amaro. Di que echen unos cepos en la chimenea, por si viene con frío el Jacobo.

AMARO.—Mire antes las cuentas.

ROSENDO.—En ti fío, que a honrado ño te ganan.

AMARO.—Mejor es que se repasen, y la verdad con todos.

ROSENDO.—Bueno.

## ESCENA XIII

DICHOS: ROMUALDITO, por la derecha

DON ROMUALDO.—(*Gozoso.*) ¡Don Rosendo! ¡Encontré ya lo apropiado! Escuche usted!...—(*Leyendo.*)—*Benedictus, Jacobus. Dixitque Pater tuus: jam letus moriar, quia videm faciem tuam et superstitem te relinquo.*

ROSENDO.—Perfectamente.

DON ROMUALDO.—(*Encantado.*)—Suená, ¿eh?...

ROSENDO.—Suená: ¿pero a qué?...

DON ROMUALDO.—Es la salutación de Jacobo a Joseph. Un caso semejante al de hoy, y yo digo: «Bendito seas, Jacobo». En lugar de Joseph, Jacobus. Y luego, hablando por usted, añado: «Y el Padre le dijo: *Jam letus moriar, ya moriré tranquilo, quia videm faciem tuam* porque te vuelvo a ver, *et superstitem te relinquo*, y te dejo con vida». ¿Eh?...

AMARO.—Está bastante bien metido eso en el día presente.

ROSENDO.—Cierto, y se lo estimo muy de veras. Ven, Amaro... o si no, don Romualdito, repáseme esas cuentas, ¿quiere?...

DON ROMUALDO.—Con mucho gusto.

(*Vase con Amaro hacia la izquierda.*)

## ESCENA XIV

DICHOS: MARUJA, por la derecha

MARUJA.—Ay, señor, que no le corre la llave del armario para sacar los manteles.

ROSENDO.—¿Qué le pasa?

MARUJA.—No sé qué le pasa.

ROSENDO.—¿Quiere mirarlo, don Romualdito?

DON ROMUALDO.—Con mucho gusto.

*(Deja al Amaro y vase por la derecha con Maruja.)*

ROSENDO.—Tarda ya...

AMARO.—Es todo montaña para arriba y la yegua anda perezosa con el aquel de lo que va a tener... pero es la caballería más segura y por eso la mandé.

ROSENDO.—Hiciste bien.

#### ESCENA XV

DICHOS: MANUELA, por la derecha. Luego TONO, por la derecha

MANUELA.—Voy a dar el último sorbito de aceite a esta lámpara.

*(Coge una silla y se sube.)*

ROSENDO.—¿Pusiste vigia?

AMARO.—Antoñuelo está: en cuanto los atisbe, avisa, y tenemos diez minutos lo menos.

ROSENDO.—Pero tarda, tarda...

*(Mutis por el foro Rosendo y Amaro. Tono entra y se ríe. Manuela baja a escape de la silla.)*

MANUELA.—*(Algo amoscada.)* Buenos días, tú.

TONO.—Buenas... pantorrillas, mujer.

MANUELA.—¡Mentiral!

TONO.—De una te respondo, y la otra me la figuro.

*(Vuelve a reír.)*

MANUELA.—¿Qué sucede ahora?

TONO.—¿A que no sabes de qué me río?

MANUELA.—De una bobada.

TONO.—De dos. Una que podía yo hacer y otra que podías tú dejar que yo la hiciera.

MANUELA.—Cuidadito, ¡eh!, que a mi no me gustan ciertas chanzas.

TONO.—¡Si no son de esas!

MANUELA.—¿No?... Sigue a ver.

TONO.—¡Qué preciosa eres, Manuela!



## ESCENA XVI

DICHOS; ABAD y DON ROMUALDITO, por la derecha

DNO ROMUALDO. ¡—No pase; no pase!

MANUELA.—(*Escapándose por la izquierda.*)

—¡Ay!...

(*Tono sale por el foro, más despacio.*)

ABAD.—¿Qué ocurre?

DON ROMUALDO.—He visto abrazarla...

ABAD.—Pues déjame que lo vea yo también.

DON ROMUALDO.—¡Qué horrible pecado!

ABAD.—Eso no es horrible.

DON ROMUALDO.—¿No?

ABAD.—¡Ni pecado!

DON ROMUALDO.—¿Cómo que no?

ABAD.—¡Cómo que no, porra!

DON ROMUALDO.—Señor Abad, es imposible que el pensamiento de usted sea ese...

ABAD.—¿Por qué?

DON ROMUALDO.—Sería un desatino...

ABAD.—¿Y por qué no es posible que diga yo un desatino?

DON ROMUALDO.—Porque... dado el buenjuicio de usted... uh... uh... *quíá clarissimus intellectus...*

ABAD.—¡En castellano, cura, en castellano!

## \* ESCENA XVII

DICHOS; AMARO, por el foro

ROMUALDITO.—¿Y don Rosendo?

AMARO.—En el mirador de la huerta, acechando si llega el hijo...

ABAD.—Está impaciente. Es natural...

(*Mutis por el foro Abad y Romualdito.*)

## ESCENA XVIII

AMARO, PEREGRINA, por la derecha

PEREGRINA.—¡Qué majo te pintas hoy, Amaro!

AMARO.—¡De tí no hay qué decir! Y no es menester que te emperejiles con lo bueno, que te caen bien todas las ropas, y hasta sin ellas puede que...

PEREGRINA.—(Seria.)—¿Qué?

AMARO.—¡Se te ha colorado la cara!

PEREGRINA.—¡Claro!

AMARO.—Rojo, Peregrina, rojo, que es color de flores del campo y de mozas con juventud.

PEREGRINA.—¡No disparates!

AMARO.—Si no te hubieras tornado en tan señorona, algún pobre te diría cosas como los ricos, y más ricas que las tuyas. Pero tienes maestro para ti sola y aprendes muchos humos.

PEREGRINA.—¿Y total qué sé?... Cuentas y una miaja de Geografía y de Historia.

AMARO.—¡Mira qué saberes para una mujer! ¿No te bastaba la costura y el planchado y el arreglo de una casa... y el oír que eres guapa?...

PEREGRINA.—Eso no es ciencia.

AMARO.—Pregúntaselo a las feas; pero como tú no lo eres...

PEREGRINA.—Porque tú no te fijas.

AMARO.—¡Fijo, fijo! Lo que te dejas ver, me

lo sé de memoria, y lo demás anda por la imaginación muy abultado. Mucho te quiero...

PEREGRINA.—Y yo no.

AMARO.—Eso repites, pero a veces...

PEREGRINA.—¡Manos quietas!

AMARO.—Es vicio del país.

PEREGRINA.—¡Más que seal! Y si te da comezón, átalas.

AMARO.—¡No aguantas una broma, mujer!

PEREGRINA.—¿Y a qué llamas tú serio entonces, si el tocar no lo es?

AMARO.—Bien te pedí amores por la Iglesia... ¿y no quieres?

PEREGRINA.—No.

AMARO.—¿No?...

(Tira rabioso el sombrero al suelo.)

PEREGRINA.—¿Es el nuevo?

AMARO.—Es.

PEREGRINA.—Lo vas a estropear, y lo del amor no adelanta nada con eso.

AMARO.—(Recogiendo el sombrero.)—¡Qué soberbia eres! Tu cuerpo y tu cara, tu andar y tu estarte quieta, toda tu persona llama a to-

das las voluntades de un hombre; pero tú no vas nunca a ellas, que eres tú, Peregrina, como campana de iglesia que llama a todos a la misa, y ella a misa no va nunca.

PEREGRINA.—En el querer no hay mandar, Amaro.

AMARO.—¡Dás siempre con un martillo, mujer!

PEREGRINA.—(*Acercándosele.*)—¿Y por qué no hemos de quedar buenos amigos?

AMARO.—(*Brusco.*)—No. Con amistad me prendes y con amor me despides, como si te fuera en gusto llevarme y traerme a tu capricho.

PEREGRINA.—(*Afectuosa.*)—¿Amiguiños, Amaro?...

AMARO.—No. Campana que llamas a misa y que a misa no vas tú nunca, voltea tú sola; no me voltees a mí.

PEREGRINA.—¿No quieres?...

AMARO.—No. Y disimula la molestia, Peregrina.

(*Mutis por la izquierda.*)

PEREGRINA.—Para ser día tan señalado en

esta casa, un poco sueltos andan los demonios: ¡mucha agua bendita les hace falta!...

### ESCENA XIX

PEREGRINA; José, por la derecha

José.—Doña Peregrina.

PEREGRINA.—Hola, José.

José.—Ahí dejo un terrado de nueces para el amo, y para todos, que también los pobres festejamos las fechas.

PEREGRINA.—Gracias.

José.—Don Endo ya me las dió de palabra.

PEREGRINA.—¿Qué noticias tienes de la Ramona?

José.—Ahora, muy bien: está de ama de cría en una casa muy principal de Madrid, ganando mucho.

PEREGRINA.—¿Y la otra chica?

José.—¿La Josefa?... Buena, gracias. También está aprendiendo para eso. ¿Y usted, doña Peregrina?

PEREGRINA.—¡Yo no!

José.—¿Que si está usted buena?

PEREGRINA.—Yo sí.

JOSÉ.—Es lo primero.

*(Mutis José por el foro, después de que entró Fungueiro y le hizo un par de reverencias.)*

## ESCENA XX

PEREGRINA; FUNGUEIRO, por el foro.

FUNGUEIRO.—Buenos días.

PEREGRINA.—¿Es usted?...

FUNGUEIRO.—Yo soy: tu humildísimo amigo, servidor y maestro, Bernardino Fungueiro, que tus pies besa.

PEREGRINA.—No chochees, Fungueiriño.

FUNGUEIRO.—Son cortesías que le caen bien a los señores galanes, como mi señor don Endero, y a las mozas que llevan rumbo de señoras, como mi señora doña Peregrina.

PEREGRINA.—Yo no pasaré de moza...

FUNGUEIRO.—No fué tal la misión que le encomendaron a mi desmayada sabiduría, sino por el contrario, la de pulirte y adecentar tus

modales, haciéndote comprender las grandezas que en este mísero barro, que llamamos cuerpo, esparce la divina esencia, que llamamos alma.

PEREGRINA.—*(Sonriendo.)*—¿No le será mucha esencia para mí, Fungueiro?

FUNGUEIRO.—No, mujer, no, que en principio y en sustancia todos somos iguales.

PEREGRINA.—¿Iguales el que aprende y el que enseña, el que paga y el que cobra?... ¿Para qué me dice mentiras?...

FUNGUEIRO.—¿Y qué te voy a decir si no? ¿Crearás tú que uno tiene verdades que contar a cualquier hora?...

PEREGRINA.—Mal enseñador hace...

FUNGUEIRO.—Ya digo yo que no sirvo, ya; pero como me pagan por esto y por otra cosa no, pues no hay más andadura que la de ir adelante con la enseñanza. Me consuelo con la seguridad de que al fin iremos a un mundo mejor.

PEREGRINA.—¿Quién lo duda?

FUNGUEIRO.—Pero sin prisas. Yo no soy impaciente. Bueno, a la lección.

PEREGRINA.—Hoy, no.

FUNGUEIRO.—¿Y siempre estamos en que no?